

# Enviados en misión a propagar el amor de Cristo

Kathy Kuczka

No hace mucho, cuando me desperté de mañana, miré mi teléfono y miré el mensaje de Facebook: el papa Francisco aceptó su solicitud de amistad.

Ser “amigo” del Santo Padre era impensable hasta hace unos años. Ciertamente nadie pensaba en este tipo de comunicación con el pontífice hace cuarenta y tres años, cuando el papa Pablo VI aseguraba que la Iglesia “existe para evangelizar”. Esas palabras aparecen en los primeros párrafos de *Evangelii Nuntiandi*, que es un documento sobre la evangelización en el mundo moderno, resultado del sínodo del año previo, cuando los obispos del mundo se reunieron a clarificar, entre otras cuestiones, lo que significa *evangelizar* y cómo hacerlo, lo mismo que *a quién* evangelizar. Los católicos se siguen replanteando tales cuestiones el día de hoy.

Libros y programas ofrecen orientaciones para evangelizar al mundo contemporáneo, y muchos de ellos con sus estrategias, están diseñados para ayudar a revivir a la misma la Iglesia. Resulta central lo que *Evangelii Nuntiandi* afirma: “Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma” (15). Hay programas, inclusive, que buscan mantener a las parroquias dinámicas en misión.

El papa Francisco quiere una Iglesia que evangelice hacia afuera. En *La alegría del evangelio*, anota: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación” (27).

El papa habla de una “cultura de encuentro” para animar a los bautizados a salir de sus círculos habituales para portar la misericordia de Jesús al mundo, especialmente a los pobres y a aquellos relegados por la sociedad. En *La alegría del evangelio*, apunta: “En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero” (120).

Siempre que celebramos la liturgia hemos de recordar nuestra vocación a ser discípulos misioneros porque cada liturgia es un encuentro con Cristo. Encontramos a Cristo en la hospitalidad, los dolores y las alegrías del Pueblo de Dios. Encontramos a Cristo en la palabra proclamada y en las oraciones. Lo encontramos en la comida santa, en el pan partido y en la copa compartida. Encontramos a Cristo en el rito, en el símbolo y en el gesto. Estos encuentros nos hacen madurar hasta ser sal de la tierra y nos sensibilizan para ser



Los fieles salen de la liturgia con la misión de facilitar a otros encontrarse con Cristo.

misericordia de Dios. La liturgia nos fortalece a trabajar por los valores del Reino “en la tierra como en el cielo”. Somos enviados a nuestros lugares de trabajo, a nuestros hogares, escuelas y comunidades para vigorizar y encontrarnos de varias maneras con las personas, sea en redes sociales o en una reunión comunitaria.

Como el Papa suscribe en *La alegría del evangelio*, “ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino” (127).

Nuestro mundo ha cambiado mucho en los últimos cuarenta años, pero nuestra misión no. Existimos para evangelizar. Se dice que la Iglesia no tiene una misión, sino que la misión tiene una Iglesia. El papa Francisco nos urge: “¿A qué esperamos nosotros?”